

parte del mundo, mas se sostiene el tipo de la raza y menos razon hay para admitir su origen comun. Se sabe que en medio de la gran diversidad de opiniones sobre el número, el valor y la importancia de diferentes razas del género humano, hay un hecho preeminente que forma, por decirlo así, un punto de encuentro para todas las opiniones divergentes, y es que, relativamente á la forma del cráneo, se presentan tres tipos generales claramente pronunciados, á los cuales Prichard ha dado las denominaciones bien elegidas de forma oval, forma prismática y forma piramidal. La última de estas formas caracteriza la raza mogólica y la americana. La grande afinidad que existe entre estas dos razas, no ha dejado de presentarse á la atención de todos los observadores; tambien es cierto que las relaciones geográficas son las que únicamente han impedido á los antropologistas el considerarlos como dos diferentes grados de desarrollo de la misma raza principal, sus pómulos mas salientes su frente mas baja y estrecha asignan á la raza americana el grado inferior.

Era menester, por consiguiente, segun la opinion reinante del origen de estas razas, considerar la americana como una variación de la mogólica, que por la emigración á este hemisferio, ha bajado del grado de desarrollo superior que ocupaba en el país de su origen. Pero á semejante opinion se opone la falta total de algun monumento de desarrollo superior entre los pueblos de toda la parte oriental de la América meridional. Si se considera, por el contrario, que la naturaleza procede habitualmente de lo imperfecto á lo perfecto; que esta parte del mundo es, bajo la relacion geológica, anterior al mundo vulgarmente llamado antiguo; si se considera en fin, que el examen de la caverna de que me ocupo, conduce á admitir la presencia del Hombre en esta parte del mundo desde el tiempo mas antiguo, así como la conservacion invariable del tipo primitivo de sus habitantes, se convendrá, primero, en que hay buenas razones para emitir, al lado de conjeturas aun menos fundadas, una opinion que conduciría al trastorno total de la relacion cronológica establecida hasta el presente entre las dos razas de que hablamos. La opinion que acabo de emitir se funda en razones muy insuficientes para pretender su certeza; pero tambien me parece bastante importante para esperar que sea digna de tomarse en consideración.

En 1826, un naturalista inglés, que en esta época se ocupaba especialmente del estudio de las cavernas que encierran fósiles, el doctor Buckland, habiendo pasado á visitar Osselles, reconoció en esta gruta muchas analogías con las que en Alemania y en Inglaterra encierran tanto número de restos de mamíferos antidiluvianos, y no dudó el encontrarlos igualmente en ella, llegando á señalar los puntos en que se encontrarían.

«No me costó poco trabajo, dice, el llegar á persuadir á mis guías me ayudasen á romper aquella superficie hasta entonces intacta, á fin de registrar allí los restos de animales y el detritus diluviano que, segun la analogia que existe entre esta caverna y otras, esperaba encontrar debajo. Su sorpresa fue grande al ver verificarse mi prediccion en cuanto á la existencia de un depósito sedimentario mezclado con fragmentos de piedras y cantos rodados, debajo del cual suponian un pavimento sólido é impenetrable del subterráneo; y su admiración aumentó al encontrar en cada uno de los cuatro sitios que elegí para experimento; este detritus amontonado hasta una profundidad que no pudimos atravesar con una barra de hierro de tres pies de longitud y mezclado además con una multitud de dientes y de huesos fósiles. Estos huesos no se hallan reunidos en esqueleto completo; pero se hallan esparcidos entre el sedimento y los cantos rodados precisamente con

la misma regularidad que los encontrados en las cavernas de Alemania é Inglaterra.»

Lo que hay de mas notable, en cuanto á la relacion de la geología antidiluviana, es que, entre los huesos que ofrece la gruta de Osselles, no se ha encontrado uno solo que pertenezca á otro género de mamíferos que al de los osos. Los restos de *hienas*, tan frecuentes en todas las derzās no se encuentran, y así los huesos de osos se hallan exentos de las fracturas que presentan en las cavernas en que estuvieron espuestos al diente de las hienas.

En 1827 se hicieron en la gruta de Osselles escavaciones dirigidas tal vez con mas celo que circunspeccion, y se sacaron cuatro grandes carros de huesos. Felizmente antes de este *trastorno*, la gruta fue visitada por Mr. Fargeau, profesor del colegio de Besançon que hizo varias investigaciones importantes, de las que reproduciremos las principales.

«Los huesos, dice Mr. Fargeau, no existen sino en las cámaras, es decir, en los parajes en que el subterráneo, ensanchándose mas ó menos sensiblemente, ofrece un suelo llano y poco inclinado. Los pasillos estrechos, las averturas laterales y elevadas se nos han presentado hasta el presente totalmente desprovistas. No hemos descubierto nada por las hendeduras, y se han visto llenas aun de huesos las vertientes por las que podria suponerse que estos restos han llegado á la gruta.

«En ciertos parajes, particularmente hácia el medio de la gruta, en una cámara un poco elevada, el suelo se halla formado por una bella estalagmita de dos ó tres pulgadas de espesor que recubre inmediatamente los huesos y en la cual se halla incrustado un gran número. A 80 pasos de la entrada de la gruta una capa de seis á ocho pulgadas de arcilla forma el piso: bajo esta capa se estiende horizontalmente en toda la cámara una hoja dura y delgada que recubre el sedimento en que se encuentran los huesos.

«Esta capa sólida se encuentra casi por todas partes donde los huesos se hallan debajo de la arcilla; los recubre inmediatamente, muchas veces los incrusta, se amolda hasta seguir de alguna manera los contornos mas gruesos. Así es como, por ejemplo, en esta gran pieza, en este vasto depósito antidiluviano, despues de haber hecho levantar un espesor de 18 á 20 pulgadas de arcilla para descubrir el pavimento sólido, notamos en una grande estension, aquí y allá, montoncitos mas ó menos voluminosos revestidos de la misma costra; eran cráneos, pelvis, y á veces las estremidades de enormes húmeros, femures, etc.

«Esta costra que adhiere tan fuertemente á enormes cráneos no es una estalagmita; no tiene la estructura cristalina; no ofrece en ninguna parte manchones mas ó menos salientes que indicaran su modo de formación... Es una verdadera incrustacion tal como podria formar un líquido que, despues de haber disuelto la materia calcárea, la depositase por la evaporación.

«Bajo esta costra calcárea, los huesos forman una capa mas ó menos regular, cuyo grosor no pasa de un pie. Aquí se encuentran en la mayor confusion: no se ve apariencia de un esqueleto entero ó de un esqueleto cuyas partes se hallasen en su posicion relativa; pero muchas veces estas diversas partes se hallan aproximadas y como circunscritas á un pequeño espacio. Por lo demás existe en todo una reunion admirable de animales de todas las edades, determinables por el estado de sus dientes.»

Aunque en la disposicion del sedimento no hay nada que pueda hacer sospechar depósitos de diferentes épocas, sin embargo, los huesos que se hallan situados en lo mas hondo, se encuentran alguna vez mas alterados que los otros; son muy porosos, muy ligeros y no contienen mas que una cantidad muy